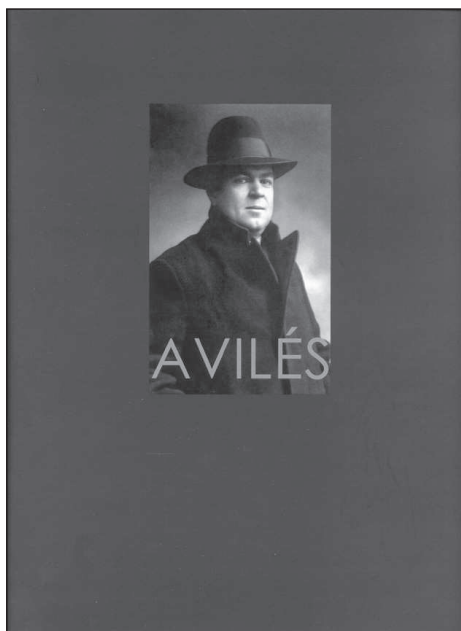


TERUEL MALLORQUÍN, Antonio (dir.). *Avilés (1886-1945). Fotógrafo del Altiplano*. Castril: Ayuntamiento, 2009. 181 págs.



Una nueva publicación relacionada con las dos comarcas que constituyen el altiplano norte de la provincia de Granada -la de Baza y la de Huéscar- ha hecho acto de presencia recientemente. En este caso, y no es la primera vez, se trata de una recopilación de fotografías antiguas que muestran aspectos siempre interesantes de la vida de las gentes que nos precedieron en el ya extinto siglo XX. Hay que decir que el texto sirvió como catálogo de la exposición que, sobre la obra de su protagonista, tuvo lugar en Castril. Por lo tanto, y ésta es una variante con respecto a otras publicaciones de esta índole, la que ahora presentamos está dedicada exclusivamente al fotógrafo profesional Juan Antonio Avilés, que vivió y trabajó en Baza y en Huéscar entre las dos últimas centurias.

El libro, dirigido por Antonio Teruel Mallorquín, y “un empeño de veinte años” -como dice él mismo- es una obra colectiva en la que colaboran quince autores, destacando entre todos ellos por razones obvias José Saramago. Intercalándose con los textos, van desfilando las magníficas imágenes que a lo largo de su vida fue produciendo Avilés, de las que al parecer quedan poco más de un centenar de ellas en la colección de su ya difunta hija, Mercedes. Naturalmente, dispersas por el territorio por donde anduvo el autor ejerciendo su profesión, deben quedar muchas de ellas que, hoy por hoy, hemos de considerar como inéditas. Convencido de ello, Teruel Mallorquín se dedicó durante largo tiempo a su búsqueda y recuperación, lo que consiguió en gran medida.

El libro se inicia con una presentación del entonces alcalde de Castril y director gerente del Centro José Saramago, José Juan López Ródenas, en la cual manifiesta su satisfacción por esta realización, así como su admiración por la obra y personalidad del fotógrafo Avilés. Un elemento común que podemos destacar en cuanto a los artículos de los escritores participantes es que prácticamente todos están directamente relacionados con una o varias fotografías. Así, podemos participar en las reflexiones sobre los casi siempre anónimos protagonistas de las imágenes, en donde se destacan las penalidades que les tocó sufrir en un contexto socio-político tan complejo como fueron los años anteriores a la Guerra Civil, así como los duros tiempos de la posguerra, como es el caso del trabajo de Pilar del Río titulado «La responsabilidad de ver». Teruel Mallorquín, por su parte, aborda la biografía del artista en el capítulo «Notas para una biografía», que desarrolla entre su nacimiento el 23 de marzo de 1886 en la localidad cartagenera de Casas de Tallante y su defunción el 7 de diciembre de 1945 cuando era vecino de Huéscar. Entre estos dos hitos hay que citar las localidades de La Unión (Murcia), Baza (Granada) y la capital oscense, donde desarrolló su labor como fotógrafo. A partir de aquí los distintos trabajos se van sucediendo. En la casi totalidad de ellos aparece la repercusión que en la obra de Avilés tuvo el advenimiento de

la Segunda República, las tensiones sociales que representaron los años 1930, el trauma de la Guerra Civil y la desolación de los años posteriores a la contienda. Particularmente, Ainara Miguel Saéz de Urabain, en «Recordar es vencer», destaca la evolución técnica de la fotografía en aquellos años, así como el papel de los fotógrafos de pueblo, como el que nos ocupa. Por su parte, Laura Terré Alonso hace un minucioso análisis de imágenes en «Parodia doméstica a la censura oficial», que, según su opinión, remedan de alguna manera las formas que en este campo habían ido imponiendo los vencedores de la contienda civil. Por su parte, tanto Cristina Pérez Andrés en «Sé que nos miras», como Lee Fontanella en «Guardia Municipal», Carlos Cánovas en «De la vista humilde», Antonio Carvajal en «Ante una fotografía de vida rural cotidiana por Juan Antonio Avilés» o Pilar Mañas Lahoz en «Mujeres en el huerto», exponen sendos análisis de una o varias fotos. En ellos, desde una óptica francamente filosófica, desgranar sus sentimientos por aquellas gentes que un día inmortalizó este fiel notario de su época que fue Avilés.

Por la personalidad del Nobel de Literatura, hemos de individualizar la participación de José Saramago. Con un pequeño trabajo titulado «Antes que nosotros la única persona que vio estas imágenes fue el fotógrafo», basado en una fotografía que recoge la celebración de la Santa Misa en la cárcel de Huéscar en 1941, el escritor luso hace unas reflexiones sobre los diversos grupos humanos que la componen: autoridades civiles y militares, familiares de los presos y estos mismos, así como sobre el sombrío paisaje en que se desarrolla la escena. En este pequeño espacio de menos de veinte líneas, su autor consigue mostrar algunas de sus facetas más características como persona y como escritor.

Sigue a continuación otro bloque compuesto por los trabajos de otros cuatro participantes: Alejandro Pedregosa «Celebración del día de los caídos», Justo Navarro «Escuela de niñas», Juan Varo Zafra «Niñas de 1940» y Mercedes de Pablos «Pucheros y rezos». La simple enumeración de estos títulos nos revela su naturaleza. El primero de ellos está redactado en forma epistolar, donde se le cuenta al destinatario –residente en el extranjero, tal vez exiliado– la nueva situación socio-política de la España de Franco. El segundo pretende trasladarnos las sensaciones que experimenta su autor ante la contemplación de un compacto y disciplinado grupo de niñas con su maestra. El tercero, que insiste en la descripción de otra fotografía escolar, sugiere –entre otras cosas– la pretendida manipulación de las autoridades municipales para que sirva de propaganda, amén a calificar de “hieráticas como estatuas sedentes de reyes egipcios” a las tres monjas que ocupan el centro de la escena. Sin embargo, no está realizada esta fotografía en Huéscar, como se dice en su pie, al igual que ocurre con las publicadas en las páginas 132 y 133, que corresponden al comedor de Auxilio Social en Galera. La fotografía que Varo Zafra titula «Niñas de 1940» está obtenida en Galera, en el convento de monjas de Cristo Rey, orden que nunca tuvo casa en Huéscar. Las niñas que aparecen en torno a las monjas pertenecían a la clase más humilde del pueblo, algunas de ellas huérfanas de guerra del bando republicano. Sus testimonios, aún en la actualidad en que muchas sobreviven, hablan de la enorme labor educadora de que fueron objeto por parte de esas “hieráticas” y “descomunales monjas”. Durante los tres años en que estuvieron internas gratuitamente en el convento sí que fueron “flores de redención”, pese a lo expresado en el comentario que acompaña a esta imagen. Imagen que, por cierto, no fue encargada por alcalde alguno, según se deja caer libremente sin prueba alguna que lo testifique. También es una monja, en su cocina del asilo de ancianos de Huéscar, objeto del comentario del último de estos trabajos. En este caso la autora reconoce que “obras son amores” y concluye elevando a la superior categoría humana que le corresponde la función social de esta institución.

A modo de conclusión, dos son los artículos que cierran esta publicación. El primero, bajo el título de «La crisis de los años treinta en el altiplano», se debe a la pluma de Rafael Gil Bracero, mientras que el segundo «Vivir para ver. Las fotografías de Avilés como documentos históricos y etnográfico» está firmado por Ángel del Río Sánchez. Gil Bracero, como ya anuncia elocuentemente su trabajo, expone su visión de esa década de 1930, que tanta huella dejó en el posterior desarrollo de nuestra historia, no sólo nacional, sino también comarcal, como se señala en la parte final de su exposición. Por lo que se refiere al trabajo de Del Río Sánchez, éste destaca el valor de la obra de Juan Antonio Avilés, no sólo desde el punto de vista técnico, en que los adelantos de la fotografía iban llegando poco a poco a estas tierras, sino también como testigo de una época en la que el factor político e ideológico marcan de manera indeleble el quehacer de sus protagonistas. Pese a todo, este autor no se ofusca con sus propias creencias y hace una afirmación rotunda en cuanto a las fotografías que comenta, que habla por sí sola de su ecuanimidad: “La imágenes que ofrecen están abiertas a la libre interpretación y no hay que aceptarlas como la única realidad objetiva”. Él cree en el mensaje que a cada uno de nosotros nos trasladan, sin intervención de intermediarios, sus protagonistas.

Y los protagonistas son los cientos de personajes que desfilan por las espléndidas imágenes captadas por nuestro fotógrafo y posteriormente magistralmente restauradas por Alejandro Sosa, para ser publicadas según las directrices del “maestro de la publicación fotográfica” Ignacio González. El libro está patrocinado por el Excmo. Ayuntamiento de Castrol, promovido por el Centro José Saramago y financiado por el Plan de Excelencia Turística de la Comarca de Huéscar.

Jesús María GARCÍA RODRÍGUEZ
CEP «Cristo de la Expiración» (Galera) y Centro de Estudios «Pedro Suárez»